

Al encuentro con el legado de los mártires¹

P. Jon Sobrino, S. J.

Teólogo y profesor emérito de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

Me han pedido participar en este foro que tiene un título bien pensado. Habla de los mártires. Se sobreentiende que se trata de los mártires de la UCA, pero se nos pide hablar en concreto de su legado. Y más en concreto de salir “al encuentro de ese legado”. Para mí eso significa *comprender* bien ese legado *hoy*, y con sencillez y decisión *ponerlo en práctica*, de modo que pueda ser útil para todos, sobre todo para quienes no les conocieron y especialmente para los *jesuitas más jóvenes*. Es lo que intento hacer a continuación, pidiendo comprensión a quienes me escuchan, pues varias cosas de las que diré ya están dichas y escritas. Y notarán que me alegra estar aquí con Michel Czerny.

Para darme a entender desde el principio, por *legado* no entiendo una *herencia*, bien o mal adquirida, que pasa de padres a hijos, sino algo de entidad propia e importante que nos ha sido entregado. En este sentido “legados” no aparecen a voluntad, ni calculadamente, pero cuando aparecen, sin darle muchas vueltas al asunto, traen consigo la exigencia de poner a producir su contenido y que este a su vez sea transmitido. A esta convicción llegué hace 30 años. Antes de abordar el tema del “legado”, permítanme contarles mi experiencia del 16 de noviembre de 1989 y recordarles brevísimamente quiénes fueron los mártires de la UCA:

I

El 8 de noviembre yo había salido para Tailandia a dar un curso de cristología en inglés a misioneros y misioneras —en

1 Ensayo presentado el 15 de noviembre de 2019 en el evento “Al encuentro con el legado de los mártires de la UCA”, en ocasión de la celebración del XXX Aniversario de los Mártires de la UCA.

expresión de la época— que trabajaban en los países del este y sudeste de Asia. Ya en Tailandia, desde el 13 de noviembre estaba en Hua Hin, a 200 kilómetros de Bangkok, en una casa de retiro junto a una preciosa playa.

El 16 de noviembre a las doce de la noche en Tailandia, me llamaron por teléfono desde Londres, y un gran amigo me dio la noticia: seis jesuitas de la UCA, todos miembros de mi comunidad, una colaboradora, Julia Elba, y su hija Celina, habían sido asesinados. Me quedé vacío por dentro.

Ese día en clase había hablado sobre la muerte en cruz de Jesús de Nazaret, pero aunque me afectaba la cruz de Jesús en esos momentos no tenía ni lejanamente el peso de la noticia que me acaban de comunicar. Bajé a la playa y empecé a caminar. A pocos metros de distancia, en silencio, me acompañaba un compañero. Y de pronto me preguntó: “Jon, ¿por qué crees que no te ha tocado a ti?”. Sin pensarlo se me ocurrió decir: “Se ve que no soy digno”.

Después de caminar un buen rato, me acosté. A la mañana siguiente, fui a la eucaristía que había preparado el grupo. Recuerdo que el altar estaba hecho con flores bellamente dispuestas sobre el suelo. Durante la eucaristía, no dije nada. Al final, con gran respeto, varios me preguntaron si quería decir algo. Y sí quería. Dije exactamente estas palabras. “Tengo una mala noticia que darles: han matado a toda mi familia. Y tengo una buena noticia que darles: he vivido con gente buena”.

Antes de abandonar Tailandia, había aceptado algunos compromisos en lugares cercanos a Hua Hin y, a pesar de mi estado de ánimo, decidí cumplir con ellos. En los viajes para ir de un lugar a otro, el motorista que me llevaba era un joven nativo que se había convertido al cristianismo hacía poco tiempo. Un día me preguntó con voz incrédula: “Y en su país, ¿hay católicos bautizados que matan a sacerdotes?”. Más se hubiese estremecido si hubiese sabido que bautizados fueron quienes en 1980 asesinaron a un arzo-

bispo, monseñor Romero, y que esa noche en la colonia San Benito de gente rica brindaron con champán y dispararon tiros al aire con pistolas, remedando la alegría de los cohetes de las fiestas de los pueblos.

II

Para poder comprender el legado de los mártires de la UCA, es útil saber quiénes fueron. Yo hablo sobre ellos con agradecimiento por lo que fueron e hicieron, y por haberse dejado matar, con la convicción de que es vital mantenerlos vivos, de que sería fatal diluirlos y peor aún dejarlos morir. Escribir y hablar sobre mártires es una sagrada obligación.

A todo ser humano, los mártires, ellos y ellas, nos confrontan con nosotros mismos sin escapatoria, iluminan las realidades más profundas de nuestro mundo, nos empujan a lo que hay que hacer y nos disuaden de lo que no hay que hacer. Tenemos que enfrentarnos a los ídolos que exigen víctimas en el Tercer Mundo, aunque sus raíces más hondas están en el primero. Y tenemos que trabajar por revertir la historia, y salvar así un mundo que está en trance de muerte

A quienes, además, somos cristianos, los mártires nos señalan, mejor que nada y sin temor a equivocarnos, el camino que hay que recorrer en la vida. Son los que más nos empujan al seguimiento de Jesús de Nazaret y mejor nos introducen en el misterio de su Dios.

Y a quienes somos compañeros suyos jesuitas —sobre todo a los que habíamos vivido con ellos durante años en comunidad y habíamos trabajado con ellos en la UCA—, sin decir palabra, nos exigen mantener lo fundamental de lo que ellos fueron e hicieron. A medida que van pasando los años —ya son casi treinta— se nos exige que seamos creativos en el modo de hacerlo. Y ciertamente se nos prohíbe desentendernos de su “legado”.

Para hablar en un contexto hasta cierto punto universal, comienzo recordando cuál fue la reacción de tres personas bien cono-

cidas ante sus asesinatos. Una es la del padre Arrupe. Cuando los mataron, estaba ya en cama prácticamente sin poder pronunciar palabra ni comunicarse. Cuenta el enfermero que, al darle la noticia, “el padre Arrupe se echó a llorar”. Era todo lo que podía hacer,

La segunda persona es Noam Chomsky, conocido intelectual y profeta, agnóstico honrado lindando con lo creyente. Al cumplir ochenta años, un periodista de *El País* le preguntó qué le daba fuerza a su avanzada edad para continuar en la lucha. “Imágenes como esa”, respondió. Y apuntó a un cuadro que tenía a sus espaldas en la pared de su oficina en el que aparece el arzobispo Óscar Romero y los seis jesuitas de la UCA.

La tercera persona es Román Mayorga, salvadoreño, laico, buen cristiano, antiguo rector de la UCA y miembro durante dos meses y medio de la Junta de Gobierno de finales de 1979, cuando existía una muy leve esperanza de dar pasos positivos. No dio frutos, y Román tuvo que abandonar el país. Años más tarde, Román escribió un pequeño libro, *Recuerdo de diez quijotes*, en el que recuerda a diez amigos suyos de aquella época que murieron pronto, entre ellos a los seis quijotes de la UCA asesinados en 1989. A estos seis jesuitas los tuvo por amigos muy cercanos y por quijotes muy ilustrados. Por cierto, hablando con Román de su libro, le dije que monseñor Romero había sido “padre y maestro de Quijotes”.

Estos seres humanos tocan las fibras más hondas de cualquier persona honrada y son un referente vivificante. Lo son obviamente los seis jesuitas. Y lo son Julia Elba y Celina, aunque al hablar de ellas parece que la lengua se nos pega al paladar y nos es difícil hablar. Tan insultante fue la iniquidad.

Comenzamos con los seis jesuitas. Como grupo, creo que alrededor de Medellín, 1968, y de los ejercicios de la Provincia de 1969, cambiaron mucho, tocados por el sufrimiento del pueblo, la injusticia y también los fallos de la Viceprovincia centroamericana en su

historia. Bien podemos decir que “se convirtieron”; tal como lo exigía la realidad y tal como nos pidió la Congregación General XXXII, aceptaron que ser jesuita es “luchar”, no solo “trabajar”, “luchar por la fe”, y más incisivamente “luchar por la justicia”. Y su muerte confirmó lo que la misma Congregación había previsto lúcidamente: “No trabajaremos en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio”.

Los mártires de la UCA lo hicieron cada uno según su talento, temperamento y limitaciones, y es bueno recordarlo e insistir en ello, para que *todos*, sea cual fuere nuestro talento, temperamento y limitaciones, nos podamos sentir cuestionados y animados por ellos. Y de igual modo los que siguen a los de mi generación. Permítanme volver a detallar mínimamente a cada uno de los seis jesuitas de la UCA con sus características propias.

Ignacio Ellacuría, 59 años, filósofo y teólogo, rector de universidad y responsable de la formación de jesuitas jóvenes. Repensó la universidad desde y para los pueblos crucificados. En sus últimos años, dedicó mucho tiempo a pensar cómo eliminar *el pecado extendido por todo el mundo* y a pensar una *civilización universal humana*.

Segundo Montes, 56 años, sociólogo, fundador del Instituto de Derechos Humanos de la UCA. Se concentró en el drama de los refugiados dentro del país, y sobre todo de los que tenían que abandonarlo, los emigrantes. Se responsabilizó pastoralmente de la parroquia de la colonia Quezaltepeque.

Ignacio Martín-Baró, 44 años, psicólogo social, pionero de la psicología de la liberación, fundador del Instituto de Opinión Pública de la UCA. Cada fin de semana visitaba comunidades suburbanas y campesinas con las que celebraba la eucaristía.

Juan Ramón Moreno, 56 años, profesor de teología, maestro de novicios y maestro del espíritu. Fundó la revista de teología espiritual *Diakonía*. Se le llamó “el apóstol de los religiosos y las religiosas”.

Amando López, 53 años, profesor de teología, antiguo rector del seminario de San Salvador y de la UCA de Managua. En ambos países defendió a perseguidos por regímenes criminales, a veces escondiéndolos en su propia habitación.

Por último, Joaquín López y López, 71 años, el único salvadoreño de nacimiento, hombre sencillo y de talante popular. Trabajó en el colegio. Se movió para conseguir terrenos para edificar la UCA. En 1965, fue su primer secretario. Después, fundó *Fe y Alegría*, institución de escuelas populares para los más pobres.

Visto desde lo exterior, en estos seis jesuitas encontramos dos cosas en común. Por un lado, *fundar y mantener realidades institucionales* y, por otro, *cercanía pastoral a los pobres los fines de semana...* Fueron también *muy distintos*, e insisto en ello para que nadie pueda pensar que los mártires de la UCA imponen un modelo concreto y único a imitar.

III

Además de lo común ya mencionado, pienso que sí tuvieron *algo profundo en común* en lo fundamental de sus vidas. Y en ello se expresa su legado fundamental. Me voy a fijar en cuatro cosas. 1. El seguimiento de Jesús. 2. Con el espíritu de san Ignacio. 3. Viviendo en comunidad. 4. Previendo y aceptando que vivir de esa manera les podía llevar a la persecución y al martirio, lo que aceptaron con normalidad y sin ningún aspaviento.

Vistos así, en ellos podemos mirarnos para saber cuál es su legado y para saber —indudablemente no solo los jesuitas— lo que debemos ser y hacer

1. Seguidores de Jesús

Los seis jesuitas reprodujeron *en forma real*, no solo intencional o devocionalmente, la vida de Jesús. “Su mirada se dirigió a los pobres reales”, aquellos que viven y mueren sometidos a la opresión de la injusticia, la pobreza, el hambre, el desprecio; y a aque-

llos que sufren la represión por asesinatos, torturas, desaparecimientos. En una palabra, miraron a quienes no dan la vida ni la salud ni la educación por supuesto, carencia que iba acompañada muchas veces de gran crueldad.

“Se movieron a compasión, e hicieron milagros”, poniendo todas sus capacidades, conocimientos, ciencia, talentos, tiempo, trabajo y descanso, al servicio de la verdad y de la justicia.

También “expulsaron demonios”, al menos lucharon contra ellos. Ciertamente lucharon contra los demonios de fuera, los opresores, los oligarcas, los gobiernos, las fuerzas armadas, y de esos demonios “defendieron a los pobres”. Y lucharon contra algunos demonios de dentro: jerarcas eclesíasticos y religiosos, también de la Compañía.

No les faltaron modelos de ese legado, Rutilio Grande y monseñor Romero.

2. Con el espíritu de san Ignacio

En este punto me voy a detener un poco más pues, en mi percepción —otros podrán opinar de otra manera—, hoy existe un *ignacianismo* excesivo que puede traer bienes, pero puede también devaluar el legado más profundo de san Ignacio. Con facilidad se usa el adjetivo *ignaciano*, *ignaciana*, y se habla así de espiritualidad ignaciana, psicología ignaciana, sociología ignaciana, discernimiento ignaciano, educación ignaciana, retiros ignacianos, administración ignaciana. Y la tendencia parece ir a más, no a menos. A veces se hace con sencillez, pero a veces esa adjetivación connota *subjetivamente* un aire de superioridad que no hace ningún bien. Y *objetivamente* —aunque suene paradójico— puede reducir el vigor, el *pondus*, de cosas importantes *reales* de san Ignacio, ciertamente *la pobreza*. Algo parecido —y pienso que más burdamente— solía suceder con la adjetivación usando los términos *jesuita*, *jesuítico*.

En mi opinión, los seis jesuitas sí tomaron en serio a san Ignacio, y en lo fundamental no cayeron en los excesos criticados. Ellacuría,

como ya hemos visto, hizo una relectura de los *Ejercicios de san Ignacio* desde la realidad del Tercer Mundo. Y de Juan Ramón Moreno acaba de salir un libro de 285 páginas con los *Ejercicios de san Ignacio* que dio a unas religiosas en Panamá.

Tres cosas de san Ignacio me parecen que tuvieron presentes, y pienso que pueden seguir funcionando también hoy como presupuestos ignacianos *eficaces*, sobre todo en la opción por los pobres y en la lucha por la justicia.

- a. Mirar la realidad de nuestro mundo y captarla como “pueblos que están crucificados”. Ante ellos, la reacción fundamental —sin necesidad de discernimiento— es “hacer redención”.
- b. Ser honrados con nosotros mismos, jesuitas, y preguntarnos “qué hemos hecho para que esos pueblos estén crucificados y qué vamos a hacer para bajarlos de la cruz”.
- c. Tomar en serio la decisión de caminar “en pobreza contra riqueza”, quizás lo más difícil y que ocurre con menor frecuencia.

Según san Ignacio, hay dos modos de caminar en la vida, de construir la sociedad, la Iglesia, la universidad... Son caminos *dialécticos*, opuestos, y *duélicos*, es decir que están en pugna. Uno es el *camino de la pobreza*, que lleva a oprobios y menosprecios, hoy diríamos humillaciones, difamaciones; y de ahí a la humildad, a la hondura de lo humano, a la verdadera vida. El otro es el *camino de la riqueza*, que lleva a los honores mundanos y vanos, hoy diríamos al prestigio entre los grandes de este mundo; y de ahí a la arrogancia, a una vida falseada, personal e institucionalmente. En conclusión, uno conduce a la salvación —humanización— y el otro a la perdición —deshumanización—. Lo que aquí está en juego es el ganar o perder la vida, como decía Jesús. Y también está en juego la disposición a pagar un precio o a no querer pagarlo. Esto pienso yo es lo que dice san Ignacio en la meditación de las dos

banderas —y pienso que con frecuencia no se le da su debida importancia—.

Sí lo tomó absolutamente en serio Ignacio Ellacuría. Insistía en que hay que elegir entre *una civilización de la pobreza —más afín a una civilización del trabajo— y una civilización de la riqueza —más afín a una civilización del capital—*. Esta, que predomina en el mundo, ha generado una civilización gravemente enferma. Aquella, la que hay que construir, puede revertir la historia y sanar la civilización. De esto ya hemos hablado ampliamente.

Estos tres puntos —*pueblo crucificado, praxis de liberación, camino en pobreza* (más la honradez con nosotros mismos)— son, en mi opinión, lo que más aparece en la *ignacianidad de los mártires de la UCA* y lo que mejor explica por qué acabaron como acabaron. En la tradición de san Ignacio, ciertamente hay otras muchas cosas importantes a tener en cuenta: el *magis*, “la mayor gloria de Dios”, “en todo amar y servir”, “el bien cuanto más universal más divino”, todo lo cual hoy se proclama con frecuencia. No dudo de que en la mente de san Ignacio estas expresiones ofrecen utopías para ser hechas realidad. Pero pienso también que en la actual explosión ambiental de ignacianismo se suelen mencionar sin suficiente recato y pudor, como si los jesuitas nos apuntásemos con facilidad a vivir, o al menos a procurar vivir en serio, esas utopías.

3. En comunidad

Estos jesuitas “vivieron y murieron en comunidad”. Pudo no haber sido así. En cuanto al “vivir”, lo hizo posible su trabajo en la UCA. En cuanto al “morir”, lo causó la aberración de los criminales. Teóricamente era suficiente acabar con Ellacuría. “En comunidad” había sido su vida y trabajo, con alegrías y tensiones, con virtudes y defectos. La comunidad estaba hecha de “todos”. Era un “cuerpo”, no una suma de individuos, algunos de ellos geniales, otros más normales, todos valiosos.

En este contexto de la comunidad, me parece oportuno recordar un hecho singular. Los mártires de la UCA creo que nunca discernieron públicamente si era voluntad de Dios permanecer en el país, con riesgos, amenazas y persecuciones, o abandonarlo. Al menos no se les ocurrió pensar en serio la posibilidad de irse: yo lo viví con ellos. Y poco antes del 16 de noviembre, el padre Kolvenbach, general de los jesuitas, visitó la comunidad y les preguntó: “¿Han pensado si no sería mejor abandonar el país y trabajar por El Salvador desde fuera?”. La contestación no dejó lugar a dudas... “Usted vivió en Líbano en tiempo de gran violencia. Y persecuciones. Y se quedó”.

Para encontrar cuánto de *explícitamente ignaciano* había en ese proceder, pienso que hay que ir a los *Ejercicios*, al primer tiempo de hacer elección. Dice san Ignacio que en ese primer tiempo el ser humano actúa “sin dudar ni poder dudar” —sin dudar ni poder dudar— (*Ejercicios*, n. 175). Y esto ocurre cuando “Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad”. En el caso de los mártires de la UCA, no soy quién para decir cómo ocurría su decisión de no abandonar el país, si en una experiencia personal de Dios, tal como la formulan los *Ejercicios*, o por experiencias humanas que les llevaban a quedarse en el país “sin dudar ni poder dudar”.

Pensando en mi propia experiencia, estas pudieran ser las razones para no abandonar el país y quedarse sin grandes dudas: “un sufrimiento del pueblo tal que daba vergüenza abandonarlo”; “el recuerdo enriquecedor de monseñor Romero, de nueve sacerdotes y cuatro religiosas asesinadas”; “la fuerza cohesionante de la comunidad”; incluso el “haberse acostumbrado a la persecución”. En mi caso, quisiera añadir con sencillez que enseñar cristología, hablar del camino de Jesús a Jerusalén, ser matado en cruz, y simultáneamente recordar su exigencia a seguirle, algo me tenía que mover a quedarme en el país sin mucha discusión.

Pienso que todo lo dicho movía la voluntad e iluminaba las decisiones y el

camino a seguir. En el lenguaje de los *Ejercicios*, en ello y a través de ello Dios estaba causando “el sin dudar ni poder dudar”. Pero Dios no actuaba a través de cualquier cosa —perdóneseme la audacia de mi lenguaje—, sino que —pienso— actuaba a través de realidades históricas del tipo de las que acabo de mencionar.

4. Hasta el final

Y fueron fieles hasta el final, en medio de bombas y amenazas, con misericordia consecuente. Murieron como Jesús, y han engrosado una nube de testigos, cristianos, religiosos, también algunos agnósticos, que han dado su vida por la justicia. Estos son los “mártires jesuánicos”, referente esencial para los cristianos y para cualquiera que quiera vivir humana y decentemente en nuestro mundo.

Con su martirio, esta comunidad de “seis jesuitas” se integró en una comunidad mayor, en el cuerpo de la Compañía universal. Ciertamente pasan de sesenta —algunos hablan de alrededor de cien— los jesuitas que han muerto en el Tercer Mundo asesinados de una u otra forma, después de la Congregación General XXXII.

No es infrecuente recordar como *glorias de la Compañía* las reducciones del Paraguay, Mateo Ricci en China... Hoy, estos mártires, unos más famosos, otros menos, son la gloria verdadera de la Compañía. Y no lo decimos para hablar con orgullo y solemnidad de la Compañía, sino porque ellos sobre todo son los que mantienen a la Compañía con vida. Una semana después del asesinato del padre Rutilio Grande, el padre Arrupe escribió esta carta a la universal Compañía:

“Éstos son los jesuitas que necesita hoy el mundo y la Iglesia. Hombres impulsados por el amor de Cristo, que sirvan a sus hermanos sin distinción de raza o de clase. Hombres que sepan identificarse con los que sufren, vivir con ellos hasta dar la vida en su ayuda. Hombres

valientes que sepan defender los derechos humanos, hasta el sacrificio de la vida, si fuera necesario” (19 de marzo de 1977).

Los jesuitas mártires de la UCA no fueron cristianos perfectos ni jesuitas perfectos. Pero pienso yo que se dejaron atraer y llevar con fuerza por la realidad del país, *humanamente, cristianamente y teologalmente*.

No se me ocurre otra manera de explicar cómo fueron en lo fundamental. Sin exagerar, en mayor o menor grado, *el legado fundamental que los mártires nos dejan es su vida y muerte jesuánicas*.

Julia Elba y Celina. Pueblo crucificado

Con los jesuitas murieron asesinadas dos mujeres: Julia Elba Ramos, 42 años, cocinera de una comunidad de jóvenes jesuitas, pobre, alegre e intuitiva, y trabajadora toda su vida. Y su hija Celina, 15 años, activa, estudiante y catequista. Con su novio habían pensado comprometerse en diciembre de 1989. Las dos mujeres se quedaron a dormir en la residencia de los jesuitas, pues allí se sentían más seguras. Pero la orden criminal fue “no dejar testigos”. En las fotos se nota el gesto de Julia Elba de defender a su hija con su propio cuerpo cuando los asesinos las encontraron en el cuarto en que buscaron seguridad.

Como Julia Elba, hay decenas o centenares de millones de hombres y mujeres en nuestro mundo. Son inmensas mayorías que perpetúan una historia de siglos: en la América conquistada y depredada por los españoles en el siglo XVI; en el África esclavizada ya en el siglo XVI y expoliada sistemáticamente por los europeos en el siglo XIX; en el planeta que sufre hoy la globalización opresora bajo la égida de los Estados Unidos. Mueren la muerte rápida de la violencia y de la represión, y sobre todo la muerte lenta de la pobreza y de la opresión.

“Hay más riqueza en la Tierra, pero hay más injusticia. África ha sido llamada ‘el calabozo del mundo’, una ‘Shoá’ continental. 2.500

millones de personas sobreviven en la Tierra con menos de 2 dólares al día y 25.000 personas mueren diariamente de hambre, según la FAO. La desertificación amenaza la vida de 1.200 millones de personas en un centenar de países. A los emigrantes les es negada la fraternidad, el suelo bajo los pies”.

Estas palabras de Pedro Casaldáliga son del año 2006. Ni el G-7, ni el G-8, ni a mi entender los sucesivos G-, han hecho nada significativo para revertir esta historia. Recordar hoy los ideales del milenio es burla y ofensa a los pobres. En un año, el número de hambrientos ha aumentado en cien millones, y cada cinco segundos un niño muere de hambre, *asesinado*, puntualiza Jean Ziegler, pues es muy posible eliminar el hambre.

Son “el siervo doliente de Yahvé” en nuestros días, “el pueblo crucificado”. Son desconocidos los cinco millones de hombres y mujeres que han muerto en el Congo, en una guerra pensada y fabricada para que *el coltan* termine en el mundo de abundancia en las megaempresas de misiles, telefonía y computación. Y mueren indefensamente. En serio, ¿quién conoce a esos pueblos? ¿Quién los defiende? ¿Quién arriesga algo importante para bajarlos de la cruz?

Puede parecer absurdo, pero me he preguntado quién es más mártir, Ellacuría o Julia Elba, quién reproduce más la cruz de Jesús. Los mártires jesuánicos expresan mejor la decisión y la libertad para arriesgar la vida, y normalmente también expresan más la crueldad del momento de morir. Pero expresan menos la negrura de la injusticia cotidiana, la dificultad simplemente de vivir, la crueldad de la impotencia. La muerte de las mayorías asesinadas, por su parte, expresa menos el carácter activo de lucha, pero expresa más la inocencia histórica, pues nada han hecho para merecer la muerte, y la indefensión, pues ni posibilidad física han tenido de evitarla. Esas mayorías son las que más cargan con un pecado que las ha ido aniquilando poco a poco en vida y definitivamente en muerte. Son las que mejor

expresan el ingente sufrimiento del mundo. Sin pretenderlo y sin saberlo, “completan en su carne lo que falta a la pasión de Cristo”. Y hay que tener en cuenta lo que nos dijo un exegeta ilustrado: “completar” aquí no significa “añadir” algo fundamental a la pasión de Jesús de Nazaret, pero sí significa que la “reproducen”.

Los jesuitas de la UCA no fueron asesinados por fidelidad kantiana a ideales universales de verdad y justicia, sino por defender a estos pueblos crucificados. Y sin recordar a estos millones de crucificados, no se les entiende a aquellos. Sería como querer entender la cruz de Jesús sin recordar a los pobres desgraciados a los que ayudó Jesús en su postración y a quienes defendió de fariseos, escribas, herodianos y sumos sacerdotes.

“Con unos y otros, unas y otras, mártires jesuánicos y pueblo crucificado, Dios pasó por

El Salvador”. Mantener ese paso de Dios es la última verdad del legado de los mártires.

Un legado específico. Una universidad de inspiración cristiana

Mi palabra final sobre el legado de los mártires para quienes trabajan y estudian en la UCA es mantener creativamente la universidad que nos dijera. ¿Y qué es eso hoy? Honradamente podemos decir que no sabemos.

Mi sugerencia es profundizar en la inspiración cristiana. A ella nos remiten los mártires en su realidad tal como la hemos analizado. Quien vive y trabaja así en la universidad tendrá la creatividad suficiente para reinventar qué y cómo hacer en la UCA la docencia, la investigación y la proyección social.